

TENDENCIAS TEMATOLOGICAS DE LA LITERATURA AUSTRIACA DESPUES DEL *UMSTURZ*

1918 marca el final de una Guerra, una Guerra que se creyó, en un principio breve; era tan sólo cuestión de dar un escarmiento a esos impetuosos servios y volver a casa para celebrar las Navidades del 14.

Tal como la definió Fritz Fischer, se trataba de una "Guerra de Ilusiones": la ilusión de fortalecer la Monarquía por medio de la unión de sus habitantes contra el enemigo común; la ilusión de tomar parte en batallas heroicas, en las que ulanos y húsares al galope lucían flamantes uniformes; incluso, si se daba el caso, la ilusión de morir como un héroe; pero, también, la ilusión de volver a casa en el 14. Sin embargo, los soldados tuvieron que aguardar a otras Navidades, las del 18, para volver como desechos de batalla, mutilados, lisiados, condecorados que se movían por Centroeuropa sin rumbo fijo. La gran Monarquía Dual, Austria-Hungría o el Imperio Austrohúngaro, como lo queramos llamar, había desaparecido. En su lugar y a golpe de Tratado, las potencias vencedoras crean una nueva situación política "*contra naturam*" en la que Austria se ve reducida a una estrecha franja alpina con una población de unos 8 millones, en la que ya nadie canta:

"Gott erhalte Franz den Kaiser
Unsern guten Kaiser Franz
lange lebe Franz der Kaiser
In des Glückes hellsten Glanz!"

Franz Joseph, Francisco José sólo era ya la designación de unas islas en el Polo Norte. No había kaiser que fuera a Galitzia, Cracovia o la Bukovina. Todos aquellos lugares quedaban ya muy lejos.

Los húsares y las condesas húngaras habían dejado de pasearse por el *Prater* vienes. Se habían acabado los tules, los uniformes, la Cacania de Musil. El 12 de noviembre se proclamaba la República de la Austria Alemana, presidida por el socialista Karl Renner, que sería el preámbulo de la llamada Viena Roja. Pero este primer gobierno austroalemán tenía pocas probabilidades de éxito. Los austriacos no estaban acostumbrados a pensar en las diminutas proporciones del nuevo Estado y además el país se encontraba en la más absoluta bancarrota, razón por la que una serie de políticos así como parte de la población vieron su salvación en una anexión al Reich Alemán. Además la misma Constitución, elaborada por el propio Renner y aprobada el 18 de octubre, era bastante clara en sus dos primeros artículos acerca de la recién proclamada República de la Austria Alemana:

Artikel I: "Deutschösterreich ist eine demokratische Republik"

Artikel II: "Deutschösterreich ist ein Bestandteil der Deutschen Republik"

Se vivía, no cabe duda, una nueva realidad y el escritor, como cualquier otro habitante de la antigua Monarquía, tuvo que adaptarse a la nueva reestructuración espacial, a esa estrechez, no sólo geográfica sino también económica y social, pero sobre todo, cultural que los Tratados le habían impuesto y de la que, a modo de recurso más inmediato, obtendría las fuentes de inspiración para su futura creación literaria.

El autor, todavía con la vivencia, lógicamente no olvidada, de los amplios espacios que le proporcionaba la Monarquía, no se hace a la idea de la nueva situación y sigue sintiéndose inmerso en aquel mundo que aunque desaparecido sigue utilizando como punto de partida y desarrollo en su producción literaria. Así surge un tipo de autor que consagra su "energía" poética a la ficción evocadora del ayer, un autor que se convierte en testigo histórico de un mundo desaparecido pero latente pues sigue manteniendo sus formas de relación social y cultural. Tal sería el autor "austrófilo testimonial"

Sí la Monarquía había desaparecido con la Guerra y el mundo austrohúngaro no se volvería a describir por su apariencia real, sino por el recuerdo y la añoranza que dejó. Ante el completo vacío que supuso el *Umsturz*, la actitud poética, aparentemente más sencilla era la de estos autores, consistente en refugiarse en la nostalgia de un mundo que se había hundido al mismo tiempo que desaparecía la propia juventud, e idealizarlo en el recuerdo. En definitiva era tomar la *vivencia* como fuente para desarrollar la *ficción*, y la vivencia más fuerte en aquel momento era la caída de un cuadro político y social que databa de un siglo atrás. Los escritores habían nacido en un sistema que se desmoronaba y que a su modo trataban de poner a flote por medio de la evocación y la añoranza.

Una serie de obras, a veces triviales o poco importantes salen de la pluma de escritores de poca altura y de novelistas de suplementos literarios que escriben después de la Guerra como lo habían hecho hasta entonces, sin renovar su personalidad tanto humana como estilística.

Esta literatura anquilosada se refugia en el sentimentalismo, tan querido, en este momento, por una amplia parte de lectores y autores que se recreaban en el uso excesivo y acaramelado de los tópicos del fin de siglo: Viena de la *Ringsstraße*, uniformes militares, maravillosas mujeres austroeslavas, archiduquesas, etc.

En definitiva, se trataba de los cuadros favoritos de los ensueños populares, que se veían incrementados a causa de la magia o el morbo que producía una hundida, ya irreal y fantástica Monarquía destronada.

Pero estos tópicos no se limitaron a los folletines; también en las operetas se comenzaron a reproducir estas imágenes de un mundo ya pasado; operetas como: *Zwei Herzen im Dreivierteltakt*, *Walzerkrieg*, *Walzerparadies*, etc. tuvieron un gran éxito, puesto que el público de los locos y vertiginosos años 20 y 30 todavía encuentra divertimento y, a la vez, evasión de una realidad dura en estas historias de la época de los valsés.

Estos años están invadidos por una fuerte tristeza que produce toda una serie de evocaciones superficiales de la antigua Monarquía. Pero, realmente, tras ese primer plano de las acciones de las operetas, y de ciertas obras literarias que atrae la fantasía al reino de los recuerdos alegres y distendidos, se sitúa algo más profundo. En último término, el desmembramiento de la Monarquía austrohúngara significó un tajante corte en la cultura europea, e incluso el fin de un mundo, el mundo de ayer que en *Die Welt von Gestern* Stefan Zweig añoraría.

Esta literatura, que aquí denominamos "austrófila testimonial", está compuesta por todo un corpus de obras que describen expresamente el mundo de la Monarquía Austrohúngara y en especial su desmoronamiento. No es nuestra intención hacer un juicio crítico sobre la calidad estética, sino sólo destacar el considerable valor "testimonial" o "documental", que toda ella en conjunto posee. Por dos razones: por su empeño en querer rememorar ese mundo perdido, y, en segundo lugar, por esa visión, en gran parte benevolente, del mundo de formas de lo habsbúrguico, es decir, en su valor austrófilo. No hay que olvidar que, una vez desmoronada la Monarquía, las potencias vencedoras y ciertos grupos integrantes de la misma lanzan sus duras críticas al sistema desaparecido, con conceptos tales como cárcel de pueblos, intolerancia, despotismo, etc.

Todas estas obras constituyen un fenómeno literario, un tipo de lectura que además de trabajar con modelos genéricos fijos, tales como la saga familiar, el relato autobiográfico o la hazaña bélica destacan el valor histórico y humano de un cuadro político pasado pero críticamente recuperable. A pesar de que esta literatura tiende a la facilidad y al cliché hay que destacar la presencia de ciertas obras que, utilizando incluso motivos tópicos, han conseguido una entidad poética ejemplar. Tal es el caso de *Radetzky marsch* de Joseph Roth, *Die Standarte* de Lernet Hohenia o *Der Engel mit der Posaune* de Ernst Lothar.

Sin embargo, hasta ahora esta literatura no ha sido estudiada cumplidamente por los germanistas, ni por los historiadores. Si nos propusieramos hacer una primera valoración del corpus de autores y obras que podríamos incluir bajo el epígrafe "literatura austrófila de ficción" (es decir, de las obras y autores que describen y rememoran la época habsbúrguica sin ninguna otra pretensión aparente que la de mantener latente el recuerdo), obtendríamos los siguientes resultados:

-Por una parte, la mayoría de los autores encuadrados en este marco son autores menores y, a veces poco conocidos. A excepción quizás de los anteriormente citados y algunos otros.

-Por otro lado, el motivo austrófilo ha perdurado a lo largo de más de medio siglo. Desde las obras de Karl Strobl como *Wir hatten gebauet* de 1920, hasta 1980, año en el que el escritor Anton Bossi-Fedrigotti publica la última de estas obras

añorantes, *Heimkehr in den Untergang*, han transcurrido 60 años en los que, con mayor o menor intensidad, esta literatura austrófila de ficción no ha dejado de producir obras narrativas.

-La fortuna receptiva de estas obras ha sido, dentro de la diversidad, más bien escasa. Con todo, a pesar de que los críticos no se han volcado sobre ellas, algunas han tenido una considerable difusión entre el gran público, de tal manera que no son pocas las que han servido como guiones cinematográficos, de mesurado éxito.

Pero la postguerra también hizo surgir a otro tipo de autor o de actitud poética que "pretende ir más lejos". La simple evocación no libera a este nuevo autor de la fuerza que ese mundo perdido ha supuesto en la configuración de su propio ser; él necesita profundizar en el estudio de ese mundo, en sus defectos y virtudes, en su esencia, en el origen y en las causas de su caída. Es el autor "austrófilo reflexivo", que de aquel pasado quiere obtener enseñanzas que iluminen e incluso eviten el oscuro futuro que ante él se perfilaba tras el desmembramiento de la Monarquía. Porque 1918 no trajo sólo ese vacío que los autores anteriormente mencionados intentaron rellenar refugiándose en el recuerdo y la añoranza del pasado, sino también ese gran peligro del Oeste, el *Anschluss*, la anexión con el Reich alemán, un peligro al que la opción socialista abría la puerta. Por eso, junto a los narradores que se enfrentan a esa nueva etapa histórica desde el recuerdo del mundo desaparecido, se encuentran también otros autores que marcan las pautas de una ideal e imperecedera "idea austriaca", que sirva de sustrato, de habitat cultural y espiritual, de identidad al antiguo ciudadano cacano, ahora súbdito austriaco.

Una serie de escritores y prohombres de la cultura se van a constituir en pregoneros de la nueva nacionalidad política creada en Versalles, pero a la vez, en defensores de la trayectoria histórica de la misma reivindicando, por una parte, su peculiaridad frente a los intentos, provenientes de dentro y de fuera del país - intento de englobamiento en el germanismo general- y, por otra, rechazando toda una serie de acusaciones (culpabilidad histórica, etc.) por parte de los antiguos miembros de la Monarquía y de sus enemigos exteriores (especialmente Francia) cuyo objetivo era intentar minar la base jurídica y la justificación cultural tanto del antiguo como del nuevo Estado. En definitiva, esta idea austriaca o el "austracismo" se proponía como antídoto frente al *Anschluss* y al pangermanismo y a la vez, como vacuna moral frente a las tendencias disolutorias de la conciencia nacional. Estos escritores que abaderan la conciencia nacional y la justificación de un pasado que hacen suyo en contra de las tendencias de la opinión pública interna y exterior, provienen de diversos campos del espectro político y social. Junto a los "burgueses" y "conservadores" Hugo von Hofmannsthal, Stefan Zweig o Leopold von Andrian se sitúan el bohemio y socialista Joseph Roth o el indefinido Anton Wildgans.

Estos autores, a través de la literatura de ensayo presentan un cuadro positivo de la tarea y de la misión que el componente germánico de la Monarquía había desarrollado a la cabeza del conjunto de pueblos que hasta entonces habían constituido la misma. Esta literatura es "modelo" de un tipo de compromiso del escritor con su tiempo. Hofmannsthal, Wildgans, Roth, Zweig son autores que añorando el "mejor tiempo pasado" -sin por ello anclarse en el mismo-, han querido sacar de éste enseñanzas que iluminaran un futuro, que, no sin acierto, preveían oscuro. Por ello, Hofmannsthal, en ensayos como *Die österreichische Bibliothek*, *Wir Öste-*

rreicher und Deutschland, Die österreichische Idee, y Preußen und Österreicher, o Anton Wildgans en su *Rede über Österreich* tratan de demostrar lo específicamente austriaco, un intento que les lleva a la justificación de la misión austriaca a lo largo de la historia. Esta misión es el rasgo de identidad más relevante de lo austriaco, cuyo sentido, según Hofmannsthal y Wildgans y en general según los autores austrófilos, se ha ido fraguando en el devenir del curso histórico en oposición a lo alemán.

El llamado mito habsbúrgico había integrado, no aniquilado, la peculiaridad nacional de los diversos pueblos. El respeto a lo nacional había sido principio, impuesto tal vez por las circunstancias históricas, pero efectivo en todo caso, de la política habsbúrgica. Esta "misión alemana" en el Este había constituido un rasgo diferenciador y determinante de la idiosincrasia austriaca que, cuando, tras la caída del cuadro político resultante del mito habsbúrgico -la Monarquía Austrohúngara-, el componente alemán de aquel -los *Deutschösterreicher* - se ve amenazado por el *Anschluß*, se anarbola como señas de identidad específicas que confieren derecho a una existencia política propia.

Es así como surgen toda una serie de reflexiones de carácter político, histórico y literario que constituyen lo que aquí hemos denominado "literatura austrófila reflexiva". El principio fundamental de esta literatura o pensamiento austrófilo es la existencia de una esencia austriaca que, aunque de expresión lingüística alemana y de pasado común, es irreductible a una indiferenciada, aunque federativa, República Alemana. En la nueva situación política, creada por las potencias vencedoras, Austria sigue manteniendo su "esencia" y su "misión", que, aunque modificadas por las circunstancias, nuclearmente idénticas: servir de vínculo de unión y de vehículo de comunicación entre las dos partes de Europa: la que desde siempre había sido protagonista de la historia -el Oeste- y esta otra que nacía, a impulsos del nacionalismo, con vocación de identidad.

Así pues, este austracismo tenía una función intragermánica -la diferenciación de la pequeña República alpina frente a la Alemania común en la que grupos políticos de una y otra parte de la frontera pretendían incluirla- y una función internacional. Austria debía ser puente entre el Este y el Oeste europeos. No se agotaba ahí, sin embargo, la función de este pensamiento austrófilo. La vivencia del *Umsturz* había desfondado la identidad cultural y política de los *Deutschösterreicher*. El empequeñecimiento del espacio vital modificaba substancialmente la "auto-comprensión" de la que había sido la minoría dirigente de la Monarquía. El pensamiento austriaco debía ayudar a enfocar de nuevo la propia imagen, a sentar las bases de una nueva conciencia nacional. Si bien este pensamiento austrófilo no fue capaz de oponerse a lo por venir, contribuyó de una manera importante a luchar contra ello. También contribuyó, entre 1918 y 1938 a consolidar una conciencia nacional que en 1945 reemprendió una trayectoria definitiva.

Frente a estas dos opciones, la "literatura austrófila de ficción o testimonial" y la "literatura austrófila reflexiva" nos encontramos con un tercer tipo de autor que, aprovechando la ruptura que supuso el final de la Monarquía, se desata de los posibles vínculos que le mantenían incomodamente sujeto a ese mundo, no demasiado estimado por él, y a partir de aquí comenzar un nuevo camino rechazando todo tipo de apego o de afinidad con aquel macrosistema cultural desaparecido. Este tercer tipo de autor sería el representante de una literatura que podíamos denomi-

nar "crítico-rupturista". Elias Canetti, Hermann Broch o Karl Kraus ocuparon durante decenios el espacio señalado a la recepción de la época. A estos habría que añadir una extensa lista en la que destacan Robert Musil, Heimito von Doderer, Ferdinand Bruckner, Hugo von Bettauer, Egon Friedell, Alfred Polgar, Erwin Kisch e incluso la primera época de Joseph Roth. Todos ellos, ya durante la época imperial, habían presentado una afiliación implícita o explícita de signo marxista y una postura en contradicción con el sistema francisco-josefino.

El más característico ellos fue sin duda Karl Kraus. Ya en 1897, en su obra *Die demolierte Literatur* atacaba la sociedad de literatos esteticistas, en su opinión decadentes, que vivían a gusto con el sistema. Además durante los primeros años del siglo se convirtió en el antagonista de todas las instituciones y personas más o menos establecidas, desde Freud, Schnitzler, pasando por Hofmannsthal, el periodismo o el psicoanálisis. Por eso, a la hora de adoptar una actitud definitiva frente a la Guerra fue de los pocos intelectuales que expresaron una postura absolutamente contraria. Desde su podium de conferencias en la Casa de Conciertos de Viena se convirtió en un nuevo Abraham de Sta. Clara que llamaba a los vieneses a la reforma moral. Una personalidad satélite de este Kraus fustigador fue la figura de Elias Canetti.

Gran parte de estos intelectuales se trasladó a Berlín huyendo de ese ambiente vienés que ellos pretendían conservador y les ahogaba. En la bohemia *Potsdamerstraße* berlinesa se dieron cita Kraus, Horvath, Kisch, Roth e, inevitablemente, Brecht.

El caso de Joseph Roth creemos merece una consideración aparte. Roth es uno de los mejores exponentes de la generación truncada de postguerra, pero también un ejemplo de converso a la idea austrófila. Judío de la diáspora provinciana del Imperio, galitziano que, al volver del frente con 24 años, se encuentra con que la Austria por la que había luchado ya no existía, él se había convertido en ciudadano polaco por disposición de Versalles. Aunque consiguió la nacionalidad austriaca, nunca volvió a recuperar su propia identidad. Ciudadano ahora de un minúsculo estado a miles de kilómetros de su lugar de origen, malvive tras la Guerra en un ghetto de la capital austriaca. En la década de los 20, entre Viena y Berlín, airea sus tendencias socialistas, y escribe además seis novelas, cuyas acciones se desarrollan en Viena, si bien la ciudad es un simple telón de fondo de la misma. En todas ignora el problema austriaco. Será la aparición de *Radetzkymarsch* en la década de los 30, el hecho que marque un cambio en la trayectoria del autor. Tras años de búsqueda de una identidad propia, Roth llega a los años de la vieja Monarquía, y a la constatación de que la pérdida de la misma también supuso una pérdida personal. Tras *Radetzkymarsch* vino la *Die Kapuzinergruft*, en la que Roth contempla la Monarquía Austrohúngara como un anticipo de una Europa unida y supranacional y como contrapunto a la Alemania de Hitler y a la amenaza que este suponía para Austria. Este peligro inminente lleva a Roth a una actitud de arrepentimiento, de conversión a la idea austriaca. En estos momentos, para él la única solución ante el peligro alemán era la restauración de la Monarquía de los Habsburgo. Por eso entabla toda una serie de contactos con Otto de Habsburgo en Bruselas.

Pero esta postura de conversión a la idea austriaca no es exclusiva de Joseph Roth. También es el caso de Franz Werfel en *Aus der Dämmerung einer Welt*. En

general, en la década de los 30, en escritores de la misma generación que Roth se da esa misma búsqueda de una identidad propia que les lleva a los años de la Monarquía. Es el momento en el que aparece, por ejemplo, la primera parte de la incompleta novela de Robert Musil *Der Mann ohne Eigenschaften*.

Sin embargo, sus compañeros "rupturistas" van a seguir sus caminos ya determinados, así surgen *Die Stadt ohne Juden* de Hugo von Bettauer, *Kulturgeschichte der Neuzeit* de Egon Friedell.

Estas tres opciones autoriales posteriores a 1918 han tenido una recepción completamente desigual. La literatura que aquí denominamos "austrófila" sigue mostrando un déficit crítico, ya que tan sólo la distancia de los sucesos y del apasionamiento antiaustriaco que suscitaron ha permitido una revisión de aquella realidad histórica y de la literatura ensayista que esta produjo. No así la versión "rupturista" que, no siempre por motivos de calidad literaria, y más bien por su carácter próximo al "agit prop" tuvo una recepción muy favorable.

Al abordar estas tres tendencias en la literatura austriaca a partir de 1918, comprobamos una vez más que la literatura es esencialmente histórica, no sólo en sentido cronológico, es decir por hallarse sujeta a la temporalidad, sino también en sentido esencial o entitativo. Por eso, frecuentemente la obra poética sale de los ámbitos de la personalidad más íntima para hacerse testimonio de vivencias y acontecimientos políticos, sociales, etc. A la vez, la historia puede tener una expresión historiográfica ejemplar en la "representación poética", al añadir a la "exposición" científica, al cuadro histórico del especialista, la vivacidad y el carácter intuitivo del cuadro literario.

OLGA G. GARCIA

Bibliografía

- Koebner, Thomas (Ed.): *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft. Zwischen den Weltkriegen*. Wiesbaden. Akademische Verlagsgesellschaft Athenarion 1983.
- Hahn, Hans Heinz: *Vergessene Literaten. Fünfzig österreichische Lebensschicksale*. Viena. Österreichischer Bundesverlag 1984
- Hasse, Horst; Madl, Antal: *Österreichische Literatur des 20. Jahrhunderts*. Berlin. Volks und Wissen, Volkseigener Verlag 1988.
- Heger, Roland: *Der österreichische Roman des 20. Jahrhunderts*. Viena. Universitäts-Verlagsbuchhandlung 1971
- Magris, Claudio: *Der Habsburgische Mythos in der österreichischen Literatur*. Salzburgo. Otto Müller Verlag 1966.
- Schmitz, Adalbert: *Geschichte in der österreichischen Literatur des 19. und 20. Jahrhunderts*. Viena. Verlag Ferdinand Hirt 1970.